

MAR DE

HISTERIAS

2

2024



2024

FANZINE DEL TALLER DE
CREACIÓN LITERARIA

Presentación

2024 llegó con nuevos integrantes para nuestro taller de Creación Literaria en la FARO Azcapotzalco Xochicalli. Durante esta etapa de inicio de año, más allá de repetir ejercicios, se buscó orientar a los participantes a desarrollar su propio estilo, descubrir sus temas personales, arriesgarse a hacer una obra literaria. El resultado es este honorable fanzine. Deseamos de todo corazón que lo disfruten.

Gracias a las y los autores Melina Isabel Olguín Osorio, Clari, Héctor Valencia Zamora, Ana Karen, Arturo Rodríguez Avendaño, Thenochcapital, Karen Adriana Álvarez Morales, Andrea y por supuesto a ustedes amables lectores.

Luis Javier Flores Arvizu, tallerista.

INDICE

○ Hoy extrañé a tu gata.....	1
○ Legado Imborrable.....	2
○ Bisonte.....	3
○ El olvido del jaguar.....	4
○ Mi cuate el pavorreal.....	10
○ Zynka.....	13
○ El Tartígrado.....	21
○ Un tigre blanco entre los cultivos del henequén.....	22

Los trabajos para este fanzine fueron escritos por alumnas y alumnos del taller de Creación Literaria de la FARO Azcapotzalco Xochicalli a cargo del tallerista Luis Javier Flores Arvizu. Cada obra pertenece a su autor(a) y todos los derechos de autoría le pertenecen para proceder con ellos como mejor le convenga.

Mar de historias 2. Enero-Abril 2024



MAR DE HISTERIAS 2

Hoy extrañé a tu gata...

Hoy extrañé a tu gata
¿Qué será de la Napolitana?
aquella que se me paseaba al andar
y se me restregaba al llegar
que maullaba sin cuál ni qué
o tocaba las puertas al anochecer.

Hace tiempo te dejé
pero aún la recuerdo
y siento celos de pensar
que alguien más la acaricia al ronronear.

Melina Isabel Olguin Osorio
ig: @caprina.sextus



Bisonte

En la vasta pradera de su piel,
el bisonte ruge con la brisa,
un eco antiguo que resuena
en la memoria de la tierra.
Sus ojos son espejos del horizonte,
donde se pierden los sueños errantes,
y sus pasos son tambores de guerra
en la danza silente de los gigantes.
El bisonte es un espíritu en movimiento,
una sinfonía de musgo y roble,
una estampa feroz de libertad
en la melodía eterna de un guardián muy noble.
En su lomo, la historia se despliega,
un relato ancestral de supervivencia,
donde cada cicatriz es un trofeo
que deja marcas y evidencia.
Espíritu indomable
guardián de la llanura interminable,
tu figura se alza como un símbolo
de la fuerza que mueve a la tierra.
En cada mirada fija y serena,
se refleja la grandeza de un guerrero,
y en cada paso firme ya resuena
un canto guerrillero.
Entre susurros de hierba y viento,
el bisonte vive, eterno y fugaz,
exiliado sobreviviente disfrutando
su momento eterno de paz.

Hector Valencia Zamora

El olvido del jaguar

Issac Castro Hernández era un jaguar que provenía de una larga línea de jaguares que al igual que todos esos jaguares antes de él tenía el deber de cuidar, proteger y guiar.

¿Qué? ¿A quien o quienes? o ¿por que?. Todavía no lo sabía y su abuela Rosario no se lo había explicado tal vez pensando que Issac de ocho años no estaba listo para escuchar hablar de destinos o deberes.

La abuelita Rosy como amorosamente Issac la llamaba solo le había dicho que un día, él sería capaz de ver a su jaguar y sabría lo que tenía que hacer, después de todo el jaguar marcaba lo que él era y su futuro desde el día en el que nació. Que no era bueno intentar huir del destino porque solo se causaría dolor y sufrimiento.

Cuando Issac le había preguntado porque el resto de la familia no eran el jaguar porque seguramente alguno de sus tíos o tías podría ser mejor candidato que él, ella le explicó que ellos y ellas eran otras cosas, como lobos, perros y pájaros, que también tenían un destino marcado desde el nacimiento, pero este sería diferente en cada uno.

Aun con esa explicación Issac pensaba que su abuelita Rosy era mucho más Jaguar de lo que él sería jamás.

Ella era ágil y tan rápida que a veces Issac tenía que correr un poco para alcanzarla. También era fuerte y no tenía nada de miedo porque la había visto como de un solo golpe le cortaba la cabeza a los guajolotes que se retorcían intentando no convertirse en caldo para mole.

Daba mucho miedo cuando se enojaba, en parte porque comenzaba hablar en otro idioma y se ponía toda roja haciendo que su cabello blanco pareciera querer liberarse de sus apretadas trenzas.

Su mamá decía que era una lengua indígena, aunque su abuelita nunca les había dicho cuál era porque desde que ella misma era niña nunca la hablaba más allá de las groserías que escupía en su enojo.

Issac intento preguntarle sobre su otro idioma pero su abuelita siempre se negaba a responder esas preguntas, más allá de asegurar que no le iba a enseñar a hablar como los indios ignorantes cuando podría enseñarle muchas otras cosas.

Una de esas cosas era la historia sobre el último jaguar de la familia. El hermano mayor de la abuelita Rosy llamado Simón al que se lo habían llevado unos hombres que se hacía llamar revolucionarios. Su familia lo habían dado por muerto desde el momento que salió del pueblo. Todos excepto la abuelita que había estado segura de que él estaba vivo. Ella había buscado a su hermano después de la muerte de su esposo. La búsqueda la había llevado a ella y a sus cinco hijos a la Ciudad de México donde finalmente se habían asentado después de enterarse de la muerte de Simón apenas unos meses antes de su llegada a la ciudad.

Esa era otra razón del porqué Issac pensaba que ella era el jaguar de la familia. Construir una familia en un lugar nuevo muy lejos de su pueblo no parecía algo fácil, pero ella lo había hecho sola, con nada más que una valentía y una fuerza de voluntad inhumana. También entendió que su abuela esperaba incluso si no lo decía, que él fuera tan valiente como lo había sido Simón Corona.

La abuelita Rosy murió durante el verano antes de que Issac entrara a la secundaria . Una muerte pacífica que los tomó a todos por sorpresa. Se fue a dormir y no despertó para ver un nuevo día.

Una muerte que parecía anticlimática para una mujer que había vivido y hecho tantas cosas.

El funeral fue como ella había mandado mientras estaba en vida. Vestida con un sencillo vestido de algodón blanco. Una vara larga, una moneda a la que le habían borrado la denominación, una botella de agua bendita y un Itacate de tortillas, chiles junto con pequeñas bolsitas de arroz y frijol, que la acompañaban dentro del ataúd, al que además habían agregado los pocos huesos de su hermano que habían

sobrevivido al paso del tiempo, que a su vez habían sido envueltos en una manta de algodón bordada porque sería enterrada en la misma tumba donde había estado Simón.

Issac pasó los nueve días de rosarios pidiéndole a Dios que permitiera que Tomate y Canela, los perros de su abuelita, la acompañarían en su viaje al cielo y no permitieran que alguna de las bestias la dañara o que se quedara en el río vagando como su abuelita decía que le pasaba a algunas almas que habían sido malos con los perros.

La vida continuó como siempre. El tiempo no se detuvo, ni la tierra dejó de girar repentinamente como Issac había creído que pasaría.

Issac aprendió lentamente a vivir con el dolor de ausencia. Al principio intento mantener vivo cualquier resquicio de su abuela. Sus costumbres, tradiciones y dichos ya que a los adultos no parecía importarles mucho, no hablaban de ella y tampoco recordaban que cada uno de ellos tenía un destino, como su tía Alicia que era una golondrina y en lugar de viajar por el mundo como se suponía que era su destino, se aferraba a quedarse a cuidar a su papá. Además, sus primos eran demasiado jóvenes para entender quien había sido ella y algunos para entender completamente el concepto de la muerte por lo que no podía hablar de la abuelita Rosy con ellos.

Entonces continuó con muchas de las costumbres de su abuelita como decir refranes o dichos que a él le parecían muy ingeniosos. Sin embargo, los niños y los adolescentes son crueles e implacables en sus burlas a aquello que consideran poco común o con lo que no pueden comprender totalmente.

Al final el deseo de encajar hizo que Issac hiciera a un lado todo eso que sus compañeros consideraban extraño. No es que ayudará mucho en su vida social. Issac era un alma solitaria que solo se unía al resto cuando era absolutamente necesario, pero al menos dejaron de molestarlo.

Se olvido que era un jaguar y que se suponía tenía un deber o que su destino estaba sellado. Aquello paso a ser otra de las historias que le habían contado al mismo nivel que las brujas que se convertirán en pájaros gigantes, los espíritus malvados y de los cerros a los que les tenían que pedir permiso antes de construir sobre ellos. Solo ocasionalmente recordaba algún remedio herbal y encontraba un especial consuelo en tomar té de toronjil y Manzanilla o darse un ocasional baño de yerbas.

Cómo adulto aun viviendo en indiferencia con sus recuerdos de infancia se convirtió en medico cirujano, trabajando en su mayoría por las madrugadas y encargándose de cirugías de emergencia como apuñalados, baleados o accidentes de auto qué no muchos de los otros médicos querían.

Sin darse cuenta, había cumplido su destino. No como había esperado en sus fantasías infantiles donde se veía a sí mismo como un guerrero vengador, un superhéroe o un soldado en el escenario más realista de esos escenarios, pero igualmente se había convertido en una especie de guardián encargado de que la gente no muriera demasiado pronto.

Ana Karen



Mi cuate el pavorreal

Llegué poco después de la hora acordada, mi camarada el pavorreal a quien tenía varios meses de no ver, se encontraba en el lugar. Saludé a la concurrencia, y después de unos momentos, me acerqué lentamente con mi amigo. Parecía estar a gusto y feliz de reencontrarse con la banda como él nos decía. Después de saludarnos calurosamente, empezó el ir y venir de preguntas y respuestas, como para estar al tanto de lo sucedido durante nuestra ausencia. Mientras platicábamos, su comportamiento me hizo revivir la última vez que nos habíamos visto, y recordé, lo impertinente que solía ser cuando se aventaba sus tragos de alcohol clandestino que acostumbraba llevar a las reuniones.

Sucedió que, mientras nos encontrábamos en el festejo de fin de año pasado organizado por la institución de la que somos partícipes como alumnos, mi valedor parecía estar más esponjado que de costumbre, con altivez, a pesar de sus fachas y con aspecto cuestionable, se pavoneaba entre algunas de las damas que acudieron ha dicho lugar. Yo no sabía de sus intenciones y alcances, pero suponía que algo no tan bueno podría pasar, y me mantenía alerta. Después de unos minutos en que cada quien se movió libremente por el espacio destinado al festejo, escuché que alguien llamaba a lo lejos.

—¡Hey, hey, acá, acá! — Era mi amigo, quien se encontraba bailando bien feliz con una dama a la cual le había echado el ojo desde que llegamos. El ritmo de rockabilly ejecutado por la banda invitada, parecía haberle dado alas y se descosía con entusiasmo sobre la pista.

— ¡Sácame una foto, sácame una foto! — me decía como con la intención de perpetuar su momento de gloria y poder revivirlo en otra ocasión. Con mi cámara en mano, la cual cargo muy a menudo, me intenté acercar rápidamente, puesto que, me encontraba un poco retirado de él, y, justo cuando me disponía a presionar el botón del obturador, terminó la pieza y la toma deseada nunca salió.



— ¿Me tomaste la foto, me tomaste la foto? — me preguntaba con insistencia —Sí — le contesté, pero solo para tranquilizarlo, pues esperaba que, en algún otro momento se animara a bailar otra canción y ahí poder descargar toda la potencia de mi cámara, pero ese momento nunca sucedió, porque, mi amigo, quien es un poco pesadito, de estatura baja y como de 65 años, ya estaba aventando el bofe y no se quiso levantar más a pesar de que la banda seguía tocando buenas rolas. Parecía satisfecho, y ya solo se conformaba con contemplar desde lejos las figuras femeninas que le despertaban interés. Me murmuraba sus pensamientos hacia ellas, muy garañón y cachondo, con cada comentario desvelaba su personalidad lujuriosa la cual empezaba a conocer.

Ya casi para finalizar el festejo, mi camarada y yo nos dirigimos con otros de nuestros compañeros, quienes nos habían invitado a degustar unos panecillos con queso y un vino tinto para hacer el brindis por el fin de año. Eso fue el acabose, pues el pavo, ya se encontraba más pedo que cuerdo, los tragos que había ingerido clandestinamente durante el transcurso de la fiesta, ya habían hecho mella en él, y el encontrarse cerca de unas hembras, como solía decir, lo impulsaba a debrayar y me murmuraba nuevamente no sé qué cosa, yo ya no le entendía nada, sus palabras eran incoherentes y deformes, pero podía suponer que me quería comentar sobre una de las chicas que estaba cerca de él. Se acercaba a ella de manera insistente a susurrarle algo al oído, pero ella parecía ignorarlo y solo lo miraba de reajo. Yo me mantenía a la expectativa mientras degustaba mi vino. Cuando de repente, al acercarse nuevamente a ella, sus manos regordetas se abalanzaron a las nalgas de la mujer, mientras su rostro pervertido ponía sus ojos en blanco, jadeaba como perro en brama con la lengua de fuera, y, valiéndole madres, se aferraba a los glúteos mientras ella gritaba desesperadamente, — ¡no mames! — no me había dado cuenta, era la maestra que da los cursos de fisioterapia. El pavo seguía aferrado como mordida de pitbull y no aflojaba, y, mientras varios intentábamos separarlos, la maestra seguía gritando como loca — Ay, ay, ay déjenlo, déjenlo, me está desestresando, es lo que me hacía falta, ya me sentía muy tensa y estos apretones me están cayendo muy bien .

—¡uf! — Eso me tranquilizó.

Ya después de un rato de pasada la intensa emoción, nos despedimos deseándonos lo mejor para el próximo año, mi cuate el pavo emprendió su camino, y a pesar de su estado etílico, no dejaba de pavonearse, mientras su figura grotesca y graciosa se desvanecía en la oscuridad de la noche.

FIN

Arturo Rodríguez Avendaño



Zynka

Zynka era misteriosa. Conservo una fotografía de cuando era muy joven. Sus párpados entrecerrados dejaban ver la intermitente ferocidad azul de sus ojos. Cuando me miraba, me daba miedo. Admiraba su hermoso y fino pelaje blanco como la nieve. La conocí una tarde de enero cuando fui por primera vez a la casa de Carl a comprar una grabadora que anunciaba por Telegram. Llegué y encontré la puerta abierta. Sin golpear las manos ni dar el desusado "Buenas tardes", que se me hacía muy molesto, entré en la casa. Al pie de la escalera, la vi sentada. Tuve un momento de terror. Pensado que el terror podía costarme caro. ¿Acaso los perros no se enfurecen cuando uno se asusta?. Zynka no se movió, cruzó una pata sobre la otra, espantó una mosca con la cola. Quedé inmóvil en el umbral de la puerta, temiendo que cualquier otro movimiento que yo hiciera para entrar o salir me costara la vida. En el silencio, todo se volvió más irreal. Pensé que estaba soñando o que había leído mal la dirección. Al cabo de algunos minutos oí el ruido de unos pasos y arriba de la escalera vi a un hombre que se asomó, Tenía la cara muy ancha, los pómulos y las mandíbulas salientes.

-¿Qué desea? -susurró como si revelará un secreto-

-¿Está el señor Carl Herst?

-Soy yo. -¿Vienes por el anuncio?

-Vine por el pedido, a ver la grabadora.

-Sube -me dijo-. No tengas -miedo -agregó, bajando las escaleras-. Zynka no te hará nada.

Al decir estás palabras, se inclinó y tomó la cadena que estaba enganchada a su collar.

-Me obedece.

Con el pie separó sus patas e imperiosamente le ordenó que se levantara.

Subimos las escaleras.

-Sígueme. En mi cuarto está la grabadora.

Entramos en la habitación desde cuya ventana se divisaba el mar.

-Aquí esta -me dijo, mostrándome una valija gris-

Es lo único que traje de mi último viaje. Esta valija y Zynka.

-No te da miedo.

-¿Miedo? -interrogó-. Es más mansa que un perro amaestrado.

-¿Come mucho?

-Muchísimo. Como una bestia. Verla comer me indigesta.

Zynka lo miraba mientras hablaba, sin quitarle los ojos de encima. De vez en cuando el murmuraba, "Zynka quédate quieta", aunque la leona no se moviera.

-¿Zynka? ¿Acaso viene de un juego de palabras o tiene algún significado?

-Pequeña Cazadora. Le queda bien ¿verdad?

Enseñarle a obedecer me da satisfacción. Si yo fuera más joven, trabajaría con ella en un circo.

-Pero ¿acaso no eres lo bastante joven como para cumplir ese sueño?

-Uno nunca es lo bastante joven. A los cuatro años, tal vez, pero ¡De qué sirve!

Mirando a Zynka agregó en voz baja: -Creo que la hipnotizo con la mirada-.

-¿Y si ella te hipnotizara?

-¿Si ella me hipnotizara? Nunca pensé que pudiera suceder. Quedamos un momento sin decir nada. Para interrumpir el silencio, pregunté:

-¿Tienes más cosas en venta?

-Si. Tengo todo lo que te puedas imaginar.

Anillos brillantes, pulseras con esmeraldas, abrigos de piel, y una grabadora de voz.

No lo hago por necesidad, lo hago porque me gustan los cambios. En vez de los anillos brillantes, compraré dijes de plata; en vez de los abrigos de piel, unas botas de cuero; en vez de la grabadora, una cámara digital.

La fortuna, por mucho que se tenga, no es infinita. En cuanto me aburren las cosas las vendo y como son siempre buenas, me las compran bien. Desde chico soy así.

-¿Quieres probar la grabadora? Tengo una cinta guardada.

Abrió la tapa de la grabadora movió los diales y se oyó un rugido, después otro y otro y otro. Me dijo extasiado:

-Es Zynka. ¿La reconoces?

Luego se oyó una voz destemplada.

-Soy yo -musitó-, hablándole a Zynka. ¿Quieres grabar algo?

Grabé unos monosílabos mientras observaba el manejo de la grabadora,

que decidí comprar. Nos quedamos conversando un rato, mirando el mar y un velero a lo lejos.

Carl me dijo que era independiente, pero que, por culpa de Zynka, después del último viaje había perdido su independencia.

-Todo nos ata. Cuando menos pensamos, estamos esclavizados.

Me había olvidado de la presencia de Zynka. Las ventanas estaban de par en par abiertas, el viento entraba y me golpeaba en la cara.

Sin discutir el precio, pagué lo que me pidió por la grabadora, tomé la valijita y bajé las escaleras prometiendo a Carl que volvería a visitarlo.

Como no había aprendido detalladamente el manejo de la grabadora, fui de nuevo a ver a Carl para que me lo explicará. Estaba echado sobre una estera, frente a la ventana, al sol, desnudo. A sus pies, Zynka dormía acurrucada.

-Es tan linda cuando duerme, ¿No lo cres?

Estoy resuelto a cambiar de vida. Estoy harto de ésta.

-¿Te volverás domador de leones?

-No. Me voy a ir de esta vida.

-¿Crees en la transmigración de las almas? -le pregunté sonriendo-. - Naturalmente -respondió-.

-¿Y cómo harás eso? -le dije tuteándolo por primera vez-. Es tan difícil cambiar de vida como de cuerpo.

-Me voy a suicidar.

-¿Qué vas a hacer qué?

-Tranquilo, no es nada trágico; voy a suicidarme de un modo agradable - contestó.

-¿Acaso hay modos agradables de cómo quitarse la vida?

-Tal vez, cualquier cosa desagradable se puede hacer de un modo agradable, -arguyó-, pero no acepto la idea de que un acto agradable pueda volverse desagradable en un momento dado. Adoro el mar; siempre que me baño quisiera quedarme en el agua más tiempo del que me quedo: quedarme hasta morir. Eso es lo que voy hacer: dejarme morir en el deleite del agua. En una hermosa mañana, al alba, entraré en el mar como cualquier otro día; sentiré la efervescencia del agua en mi piel. No sería un suicidio trágico como el de Alfonsina Storni. Seguiré bañándome hasta el medio día, hasta la caída de la tarde. Sobrevendrá luego el crepúsculo y la noche, y volverá la aurora y la mañana siguiente, y el

crepúsculo y la noche y la subsiguiente aurora; y yo sentiré el cambio de las temperaturas y veré los colores del agua, conviviré con las algas, con la espuma, con el rocío, hasta el fin, cuando desvanecido, indefenso, me disuelva como azúcar al café o tal vez succione demasiada agua y me convertiré en Bob esponja. Entonces mi alma vagando buscará un cuerpo para vivir de nuevo. Lo encontrará en un niño, una planta o un animal recién nacido, o aprovechara el desvanecimiento de un ser para entrar por el intersticio que deja en el cuerpo la pérdida de conocimiento. Me dejare morir de un modo agradable. Y después vendrá lo más divertido de todo: otra vida. ¿Comprendes?

-Comprendo -musité-. Pero creo que nadie es capaz de hacer una cosa así. ¿Tan hartos estás de la vida?

-Tengo todo lo que se puede pedir en el mundo, hasta un pedacito de la playa, que es mío.

-Nadie es capaz de dejarse morir en el agua de ese modo -protesté-. -Yo soy capaz -me dijo-.

-Entonces ¿por qué la necesidad de querer morir en el agua? Me reí. Sin hacerme caso prosiguió:

-¿Te ocuparías de Zynka? Es lo único que me inquieta: abandonarla en este mundo, me parece cobarde. Te dejaría mi dinero para los gastos de su alimentación. Haría mi testamento. Te dejaría todo lo que tengo.

Pensé: "¿Esto es recibir una herencia? Nunca hubiera soñado una situación tan extraña".

-¿Aceptas? -me dijo encendiendo un cigarro-. Te dejo todos mis bienes y ni siquiera te pido que lleves luto.

-¿Aceptas? -repitió-.

-Acepto, si eso te da placer, -Le dije, sintiéndome culpable-.

¿Acaso era una broma? Aceptando su proposición ¿Yo lo instigaba a cometer el suicidio? Me tiré de rodillas sobre la estera, a su lado.

-Basta de bromas, Carl. Parecen tan serias las locuras que dices, que tengo la tentación de creerte, pero tampoco quiero quedar como idiota.

-Créeme. -dijo Carl pero su ademán parecía contradecir sus palabras. Apago el cigarro, lo dejó en el cenicero, se acomodó frívolamente el cabello, pasó su lengua por sus labios, se echó boca abajo sobre la estera para tomar el sol.

-En mi próxima reencarnación seré tal vez una amazona. Ningún Teseo ni

Aquiles me detendrá.

-¿Irás en busca del pasado? -Le dije en broma-.

-Una amazona de circo -prosiguió-, o domadora; tal vez prefiera esto último. Es mi vocación. Saludaré al público después de poner mi cabeza dentro de la boca de un león. Pienso siempre en las diferencias que habrá entre está y la otra vida. ¡Es tan entretenido! ¡Cuántas veces caminamos con Carl por la orilla del mar siguiendo los diseños que dejaba la espuma sobre la arena!

Pase unos días sin verlo. No sabía cuándo hablaba en broma y cuándo hablaba en serio, de modo que la amenaza del suicidio no me preocupaba mayormente. Acerca de las divagaciones sobre la transmigración del alma solo pensé que se debía al libro, la metamorfosis de Kafka. Que alguien le regaló para su cumpleaños. Comencé a inquietarme por su suerte; comencé también a extrañarlo. Había notado algo insólito en su conducta: cuando salía de su casa se despedía de Zynka diciéndole: "¿Volveré a verte, amor mío? ¿Qué harás sin mí en este mundo, mi ángel?", Mirándola en el fondo de los ojos.

Así es la amistad: uno vive toda una vida sin ver a una persona y de pronto esa persona es lo único que cuenta en la vida.

Fui a visitar a Carl una mañana calurosa, al alba. Me había dicho que siempre, al alba, cuando hacía calor, bajaba a bañarse. Le prometí sorprenderlo en su mentira. Sabía que era dormilón. Hicimos un pacto: en días de calor, si yo me despertaba antes que el, iría a despertarlo para acompañarlo a la playa; en cambio si, el se despertaba antes, vendría a buscarme. Se me acababan las vacaciones y pensaba que no podría visitarlo a otras horas, pues como buen holgazán Carl no tenía nunca tiempo para nada. Aproveché la hora insólita del alba; llegué cautelosamente; toqué a la puerta. Nadie me abrió. Noté que la puerta no tenía seguro.



MAR DE HISTERIAS 2

Escuché unos rasguños adentro. En cuanto abrí la puerta, Zynka salió corriendo, solo pude ver una bola enorme de pelo blanco pasar rápido. Entre. Subí las escaleras corriendo. No había nadie. Me asomé a la ventana por donde se divisaba el pedacito de playa que pertenecía a Carl. En la luz espectral del alba vi recortado el cuerpo de Zynka, que se deslizaba como un enorme perro perdido. En la orilla del agua se detuvo, husmeando el agua, retrocediendo y avanzando con el movimiento de las olas hasta que se acostó y quedó chata como la arena.

No se me ocurrió pensar que Carl pudo cumplir con su descabellado propósito, hasta que vi sobre su mesa un sobre lacrado con mi nombre escrito y abajo la palabra "testamento". Baje a la playa. Pero ¿dónde estaba la inmensa ola de mi sueño recurrente que me cubriría, ese sueño que me había perseguido desde la infancia? No. No era un sueño. ¿En qué se diferenciaba el sueño de la realidad? En la duración, en el olor. Zynka olía a fiera. Eran las cinco de la mañana. Yo llevaba entre mis manos la cadena fría y el collar un poquito oxidado. Durante horas, nos quedamos mirándonos. Zynka y yo, miramos el agua rosada del amanecer que traería después el cadáver rutilante de Carl. Al verlo, pensé: "No debo desvanecerme. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal. Tengo frío, tiemblo". Perdí el conocimiento.

A nadie le extrañó que Carl hubiera muerto ahogado. Solo a mí. Era un hombre imprudente. A nadie le extrañó su testamento. Solo a mí. No tenía parientes y era excéntrico.

Sin mayores complicaciones. Salvo las que implicaba Zynka, me instalé en la casa de Carl, ante el asombro de mi familia, que me acusó de rebeldía, de imprudencia, de falta de dignidad. Frecuenté a sus amigos (esas amistades hechas de despedidas, que uno siempre tiene en los velorios): me revelaron secretos del muerto. Contemple su álbum de fotos que era como una pequeña historia ilustrada de su vida; dormí en su cama, leí a la luz de la misma lámpara que iluminaba su libro. Me mire en su espejo, usé sus perfumes, me peine con sus peines, vi el paisaje desde su ventana, cuando era de noche, cuando era de día a todas horas. Cambie de carácter. En breves encuentros, algunas personas me decían frases como: "Es como volver a ver a Carl, o. Dijiste las mismas palabras que hubiera dicho Carl". Pensé que Carl se había metido en mi cuerpo después de morir.

Mi vida transcurrió con una apreciable Felicidad frente al mar, como la de Carl junto a Zynka. Tuve dificultades que había previsto: el jardinero no quería venir a trabajar; decía que la mitad de lo que yo gastaba en alimentar a Zynka podría alimentar a todos su hijos: no toleraba esas injusticias. Mi sirvienta también se fue, porque quería que le subiera el sueldo de acuerdo con lo que yo gestaba en el mantenimiento de Zynka. Ella lentamente se acostumbro a mi aunque a veces se sentaba enfrente de la puerta esperando a que Carl regresara.

Pasé cuatro años de una vida agradable, aunque mi familia tratara con sus cartas de amargarme la existencia ¿Cómo describir una vida sin tiempo como fue aquella? Mis horas holgazanas pasadas de esplendor en esplendor. Sólo recuerdo de esos días paisajes, luces, fragancias, sabores, músicas y mujeres. Mi única preocupación era sentir que me había transformado en Carl. Con horror de pronto pensaba en mi imprudente desvanecimiento a orillas del mar cuando vi a Carl ahogado. Pregunté a la gente que me había socorrido si algo insólito había sucedido en aquel momento e interrogué al médico que llamaron. De nada servía. Sin embargo, permanecí impasible como si viera desde afuera los motivos de mi inquietud.

Un día, a las cinco de la tarde, en las que me encontraba tomando una siesta con Zynka, un hombre golpeó a la puerta venía con su familia. Tenían que hablar conmigo. El hombre era alto, fornido y pelirrojo. La mujer, de estatura mediana, era tan delgada que aunque estuviera de frente parecía siempre de perfil. Traían una niña de cuatro años vestida con un pantalón blanco, y una playera del rey león. Los hice pasar al cuarto de Carl. Les dije:

-No se asusten.

-Zynka no hace nada -balbuceó la niña-.

-¿Habría oído mal? Me pregunte de dónde podía conocer ese nombre. Me pareció que había dicho Zynka. No era gente del lugar ni habían tenido la oportunidad de ver a Zynka.

La familia sonrió, como de común acuerdo, y la niñita inmediatamente quiso montar sobre el lomo de Zynka. Los padres, lejos de oponerse, la incitaban para que volviera a hacer lo mismo en cuanto bajaba. Lo más raro de todo fue la simpatía que mostraba tener Zynka por la niñita.

Con algunas vacilaciones el hombre me dijo:

-Somos del circo galaxia. venimos a pedirle que nos venda está fiera.

-Y señalando con la mano a la niñita, agregó:

-Queremos que sea domadora: lo tiene en la sangre. Le gustan también los caballos; podría ser una magnífica célebre amazona, pero hay muchas en nuestra campaña. Con nuestro permiso, ya puso una vez la cabeza en la boca de un león. Hizo otros ejercicios no menos peligrosos. Trajo mucho público de las afueras a nuestro circo. El hombre peludo y enano la presentaba.

-Pero ella clama por Zynka -interrumpió la mujer-. Le pagaremos lo que usted nos pida.

La niña se había acostado en el vientre de Zynka y me miraba con ojos de súplica. Accedí.

Thenochcapital



El Tartígrado

Los tardígrados u “osos de agua” son animales de poder, capaces de adaptarse a condiciones en las que otros organismos no lo harían: sobreviven al calor extremo o a temperaturas gélidas; a la radiación, al vacío y a la contaminación. Incluso pueden soportar golpes fuertes y la escasez de agua o alimento. Son aptos para resistir a estas inclemencias gracias a que entran en un estado llamado criptobiosis, en el que su cuerpo se deshidrata y encoge, convirtiéndose en una pequeña bolita inmóvil hasta que vuelven a recibir agua. Son casi inmortales y viven en cualquier parte del mundo.

Cuenta la leyenda que los tardígrados fueron presentados por un grupo de seres hechos de arena a un clan de nómadas en el desierto, cuando estos estaban a punto de desistir antes de llegar a su destino, para demostrarles que la humanidad es muy similar a estos animalitos, ya que también posee una gran capacidad de adaptación: puede ingeniárselas para sobrevivir a temperaturas extremas; habitar en toda clase de ecosistemas; resistir el hambre y la sed por largos periodos de tiempo y también resistir condiciones emocionales desgastantes. A diferencia del vacío espacial, el ser humano puede soportar el vacío existencial y sentimental de una sociedad que nos divide y nos vuelve más egoístas cada día, al recordar el poder de la unión, el amor, la empatía y el impulso de vivir para ejercer el derecho de disfrutar cada placer, grande o pequeño, en soledad o en compañía a diario.

Texto e ilustración: Karen Ariana Álvarez Morales

Instagram: @blackineel



Un tigre blanco entre los cultivos del henequén

Desde niña se me inculcó que mi pueblo Choson (Corea) somos los elegidos por el señor de los cielos, Dangun; la montaña Bektu representa mis raíces orientales y el delhorangui (tigre blanco) es el guardián de mi nación. Eso decían mi padre Kia Pack y mi madre Sui Hyam. Ella solía compartirme que, cuando nací fui su flor de cerezo su bot-kkot que significa la fragilidad de la vida relacionada a los animales y ¡cuánta razón tenía! era frágil, enfermiza y con pocas probabilidades para sobrevivir. Sin embargo, llegado el año de 1905, recién iniciado el protectorado japonés en Corea con el tratado de Eulsa. (eulsa bo-jo yoiag), me encontraba totalmente recuperada.

Los nipones, cada vez más esclavizaban a mi pueblo; mi padre al ver la situación decidió que lo mejor era dejar nuestro país. Para esos entonces llegó proveniente de un lugar lejano de occidente, un señor que ofrecía trabajo por un contrato de 4 años para sembrar una planta llamada jenequen(henequén). Mis padres, sin titubear lo aceptaron; íbamos a un lugar cuyo nombre aún me cuesta trabajo pronunciar, Megshico.

Nunca imaginé que sería el país donde viviría el resto de mi vida. Provenientes del puerto de Chemulpo, embarcamos el SS. Ilford. un enorme barco pesquero, viejo, sucio pero que llevaba a bordo a gente de todas las clases sociales, desde los eruditos yangban hasta los carniceros cheonmin; en mi caso, mi familia y yo pertenecíamos a la clase media, yo era hija de comerciantes gyongmin.

De esta manera, después de cinco largos meses, arribamos a Megshico; pasamos por Veracruz, de ahí a Salina Cruz y, finalmente llegamos a Yucatán. Para el año de 1910 me encontraba en una edad propicia para el matrimonio.

Antes yo vivía como una joven cuyas expectativas de vida eran, según mis costumbres y clase social, las de ser madre, esposa, trabajar en la cocina, leer textos confucianos, bordar, cantar y tocar el gayagum (mi

hermoso instrumento hecho de madera y cuerdas que tuve que abandonar tras mi partida) ¡qué feliz sería mi vida de seguir de esa manera!

Sin embargo, ahora era tratada como esclava y me veía obligada a trabajar desde la mañana hasta el anochecer en los campos de jenequen, sufriendo todo tipo de vejaciones por parte de los capataces, los grandes hacendados, pero, sobre todo, sus hijos, quienes por las noches se escabullían en nuestras viviendas y violaban a las mujeres de mi raza, sin ningún miramiento como si fueran objetos (He de confesar que siempre viví con el miedo de que alguna de esas veces, la elegida por el señorito fuera yo).

Por su parte los nacidos en estas tierras también eran maltratados e insultados. A veces, mientras realizaba mis labores cotidianas, escuchaba entre los hombres de Megshico hablar acerca de algo a lo que llamaban Revolución. Mencionaban a Madero y a Porfirio Díaz; supe hasta después que este último fue gobernante de esta nación durante más de 30 años y que sus compatriotas lo mandaron al exilio.

Mi vida transcurría lejana a aquella situación, en parte porque, pese a que ya llevaba tiempo viviendo en esta tierra, no me había conseguido adaptar a las costumbres, a la lengua, al clima, a la ropa, a la forma de vida, pero, sobre todo, a los alimentos, en especial, la ausencia del kimchi, delicioso manjar hecho a base de col fermentada y picante. Mi madre solía arreglárselas para hacernos un poco de arroz y, que no sintiéramos el cambio tan brusco en el paladar.

Por las noches, mi padre se sentaba a mi lado cerca del fogón y, mientras acariciaba su larga barba y su rodete, me decía: jorangui dampe piudon shiyol ("hace tiempo, en la época en la que los tigres blancos fumaban") que en lengua megshicana significa "hace muchos, muchos años"; y con ello daba inicio a sus maravillosas narraciones. La que más me gustaba, era la del delhorangui, históricamente asociado a mi pueblo en los grandes palacios y templos, como símbolo de etnicidad. Al concluir sus relatos solía decirme que, para sobrevivir en esta tierra, debía comportarme como un tigre blanco fuerte y poderoso, como un espíritu guardián y protectora fiel de mi identidad y sentido de pertenencia.

Eran sus historias las que me daban fuerza para seguir adelante y que me acompañaban a los campos de jenequen porque, no sólo eran mi lugar

de trabajo, también se convirtieron en mi refugio para poder recordar mi feliz infancia y fantasear que, entre los sembradíos, aparecería esa salvaguarda que me llevaría de regreso a mi añorada tierra. Para noviembre de 1911, el señor Madero se convirtió en el gobernante de Megshico. Sin embargo, la vida en Yucatán seguía igual, como si esa mentada revolución no hubiera tocado estas tierras. Y esa libertad de la que tanto se hablaba, no hubiera hecho eco aquí.

Mi padre dijo que, a nosotros los extranjeros, la revolución jamás nos ayudaría porque el hacendado mayor, Arcadio Escobedo, apoyaba a un tal Victoriano Huerta, a quien varios consideraban como traidor a la justicia del pueblo. Por tanto, nosotros viviríamos como esclavos el resto de nuestras vidas y jamás volveríamos a ver a nuestra nación. Cuando nos hablaba de esas cosas, por momentos contenía el llanto y, en otros, era rabia la que emanaba de sus ojos. Una especie de dolor mezclado con impotencia.



Esos eran mis momentos de mayor lucidez; En mi pensamiento y, tras leer los pocos libros que tenía a la mano y que hablaban acerca de la historia coreana, olvidaba aquella realidad y recordaba a los gobernantes de Choson y su relación con el tigre blanco, el mayor depredador que dominaba la cadena alimenticia en la península coreana desde tiempos inmemorables.

Así que mi fuerte vinculación patriótica la forjé debido a las narraciones de mi padre, los cuentos y la misma historia donde era común ver al delhorangui convivir y crecer junto a mi pueblo. Y, fui creando mi propio mundo entre los agaves de jenequen, mi propia historia con mi vigilante blanco que, con gallardía se paseaba valiente cruzando por en frente de las haciendas, sus dueños y los capataces.

Para sorpresa de mi familia, en el año de 1915, los hacendados nos dieron mayores libertades, cosa que llenó de felicidad a mi padre quien hasta esos entonces mantenía una actitud pesimista frente a nuestra situación. La familia Kim, que se llevaba muy bien con la mía, nos dijo que se estaban juntando todos los coreanos de las diferentes haciendas jenequeneras. La idea era crear nuestra propia comunidad coreana.

De esa manera fundamos la primera Asociación Coreana en Yucatán que tenía como símbolo a mi eterno acompañante, un tigre blanco saltando la montaña Bektu. Mi madre y otras mujeres, se encargaron de la escuela, pero, muchos descendientes nacieron en estas tierras, por eso llegó una maestra que nos enseñó a mejorar nuestra lengua y escritura megshicana. Por su parte el pastor Hyun se encargó de la iglesia donde, cada fin de semana íbamos a escuchar el hanpando un canto de añoranza a la península que dejamos atrás.

Poco a poco fui entendiendo que quisiera o no, tendría que adaptarme a este nuevo país, a la gente, a sus usos y costumbres. Justo cuando me encontraba en ese proceso de entenderme, llegó a mi vida Manuel, un joven y apuesto megshicano comprometido con lo que él llamaba "la causa revolucionaria". Nos conocimos un día de mercado.

Yo iba caminando entre el bullicio que no dejaba de empujarme en un remolino de gente y para no caer, lo tomé del brazo y lo jalé para sostenerme, en vez de eso, ambos caímos en un charco de lodo. A partir de ahí comenzamos a caminar juntos y nos separaremos únicamente por la muerte. Como el cuento del tigre blanco y el oso quienes juntos

forjaron una vida en común convirtiendo su andar en un maravilloso mundo de respeto y compañía. Varias veces, Manuel platicaba conmigo acerca de su país, me decía cosas como: "Yucatán, está en una situación política muy caótica. En una circunstancia social crítica, producto del acaparamiento económico de los grupos oligárquicos y del sometimiento y explotación de la clase trabajadora."

Yo lo escuchaba hablar con gran entusiasmo de la lucha, pero, me era difícil comprenderlo ya que sus expresiones eran propias de una persona "leída" y poco comunes entre la población, además el ser extranjera en tierras como esta, me alejaba más pese a que estaba habitando el mismo espacio. Sin embargo, me quedaba hasta altas horas de la noche escuchándolo porque era un guardián de su espíritu libertario algo que él y yo compartíamos.

Ambos éramos víctimas del sometimiento, el sufrimiento y la desigualdad. Él era el jaguar (Balam) animal poderoso y peligroso, portador de energías sagradas provenientes del inframundo, considerado por los mayas como un animal sagrado por sus grandes cualidades, y yo el delhorangui que custodiaba mi cultura y mis costumbres. Así fue como unimos nuestros caminos, entre el amor y la resistencia, entre la lucha, la salvaguarda y la esperanza revolucionaria.

Pasó el tiempo y nacieron nuestros hijos quienes llevan nombres coreanos, Jin y Liu, y su apellido Canul, de origen maya quiché que, provocaron en ellos esa extraña fusión entre la destrucción de los hombres de madera que se cuenta en el *popol vuh* y la historia fundacional de los tres reinos del Hyangga. Nacidos en un lugar forjado entre los bosques tropicales de la península maya creados por el dios Itzamn, y descendientes del dios de los cielos, Dangun.

Ellos conocen bien sobre sus antepasados, se reconocen como hijos de la tierra con piel morena como la de su padre y piel amarilla como la mía, honran a sus ancestros en las celebraciones del chuseok coreano cada 4 de octubre, la fiesta del "alimento de las almas" que se celebra el 31 de octubre en Yucatán y, escuchan tanto las historias del animal de la realeza maya como las del centinela blanco de la montaña Bektu.

Nuestra vida familiar transcurre en relativa calma, mi marido enseña historia en nuestra escuela, yo sigo trabajando el jenequen, mis hijos se sienten orgullosos de sus dos pueblos, hablan tanto lengua coreana

como lengua megshicanha (incluido el maya peninsular).

Ahora, con la nueva carta magna conocida como Constitución Política de los Estados Unidos Megshicanos, promulgada en 1917, dice mi esposo que viviremos en un mejor país; tierra que me recibió con recelo y aunque pasé por grandes dolores, insultos y maltratos; doy gracias a los cielos porque es aquí donde mi custodio blanco encontró el descanso, yo hallé el amor y dejaré un legado para mis descendientes, orgullosa de mis raíces, respetuosa de las de mi marido y, sobre todo, porque no he olvidado ni olvidaré quien soy, de dónde vengo y a quien pertenezco.

“Mi pueblo Choson (Corea) somos los elegidos por el señor de los cielos, Dangun; la montaña Bektu representa mis raíces orientales y el delhorangui (tigre blanco) es el guardián de mi nación... Los campos de jenequen (henequén)...eran mi refugio para poder fantasear que, entre los sembradíos, aparecería esa salvaguarda que me llevaría de regreso a mi añorada tierra. Justo cuando me encontraba en ese proceso de entenderme, llegó a mi vida Manuel, un joven y apuesto megshicano (mexicano)... Pasó el tiempo y nacieron nuestros hijos quienes llevan nombres coreanos, Jin y Liu, y su apellido Canul, de origen maya quiché que, provocaron en ellos esa extraña fusión entre la destrucción de los hombres de madera que se cuenta en el popol vuh y la historia fundacional de los tres reinos delHyangga. Nacidos en un lugar forjado entre los bosques tropicales de la península maya creados por el dios Itzamn, y descendientes de Dangun... (Ahora) doy gracias a los cielos porque es aquí donde mi custodio blanco encontró el descanso, yo hallé el amor, orgullosa de mis raíces y porque no he olvidado ni olvidaré quien soy, de dónde vengo y a quien pertenezco.”

Andrea Elena Ríos

*Publicado originalmente en Revista Corea en Su Cultura, “Comida coreana” (algo más), Año 3. Núm 1, abril- mayo del 2024, págs. 30 y 31.

